

ocupan los individuos en la sociedad, y, más concretamente, en el proceso productivo. De acuerdo con este criterio, se forma parte de una clase social al margen de la opinión que a este respecto tengan todos aquellos que participan de un mismo tipo de relaciones. El segundo criterio da primacía a la conciencia de pertenencia a uno u otro grupo que manifieste cada uno de los miembros de la sociedad global, y que podrán ser clasificados, según su adscripción, en unos cuantos grupos creados «a priori». El tercer punto de vista, como su nombre indica, toma de los dos criterios antes citados y hace entrar nuevos puntos de vista en la clasificación.

El retraso de la sociología en España es patente, sobre todo si lo miramos desde el ángulo de una producción auténticamente científica del análisis de la realidad social española. No ha habido, por un lado, el clima suficiente para crear un nivel adecuado para el análisis social, y por otro lado, se ha llegado a considerar subversiva todo tipo de interrogación que se cuestionara algo tan elemental e inocuo como la estructura y dinámica de nuestra sociedad.

Los estudios que se han hecho sobre las clases sociales españolas han estado a un nivel local o pionero —Muriilo y Cazorla— o han participado del segundo criterio subjetivo, con una óptica y una instrumental expresión mimética de la sociología norteamericana, más dispuesta a negar que otra cosa, en aras de una ficción movilidad social, la expresión objetiva de una realidad social emanante de las relaciones de producción. Tal ha sido el caso de los informes FOESSA, aunque sean innegables el mérito y utilidad de éstos.

Faltaba un análisis que fuera, por un lado, profundo y empírico, y por otro, objetivo, de algo tan importante como las clases sociales en un país que, aunque de furgón de cola, se ha colocado en el tren de los países industriales.

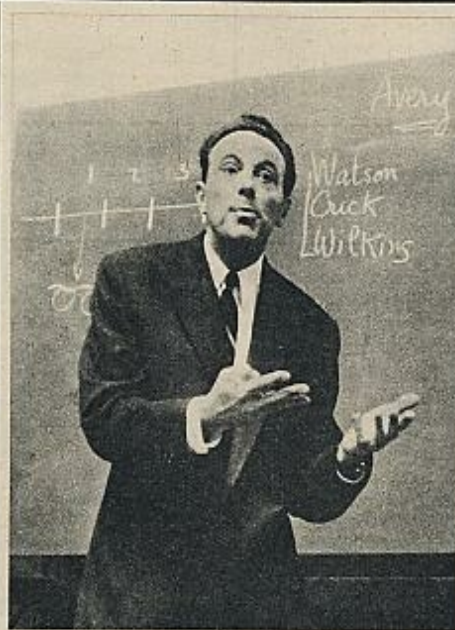
El estudio de *Ignacio Fernández de Castro y Antonio Goytre* (1), responde a la intención de suplir esta carencia, y constituye, junto con los estudios ofrecidos por Carlos Moya sobre la burguesía española, los análisis más inteligentes que sobre este estratégico aspecto de la realidad española se han realizado.

Partiendo de una definición un tanto imprecisa de clase social en la precipitada versión de los autores de Poulantzas —toda clase social es un conjunto de relaciones sociales; pero no sucede al revés, por lo que no se puede identificar clase social y relación—, pero que resulta eficaz y operativa en el tratamiento del tema, los autores logran analizar el contexto social español, con una óptica dialéctica, a la vez estática y dinámica, superando el defecto en que suelen incurrir los estudios dedicados a la estructura social de darles un enfoque exclusivamente sincrónico que los aparta de su dimensión real.

Dentro de la dignidad científica que marca la técnica de estos estudios, es interesante, además de necesario —por olvidado que haya estado en otros autores—, la consideración de la incidencia en España, país sometido a un intenso metabolismo social, de dos modos de producción: el capitalista y el precapitalista, como también el de analizar la estructura social en conjuntos dominados, dominantes y funcionales. De este modo, los autores consiguen encajar en último y productivo maridaje el hoy y todo el importante legado del ayer. Se puede lamentar, junto con la precipitación en la utilización de algunas categorías sociológicas, el que no se consideren suficientemente las funciones y efectos del actual proceso de urbanización o el de la venta de fuerza de trabajo en el mercado internacional. ■

JUAN MAESTRE ALFONSO.

(1) «Clases sociales en España en el umbral de los años 70». Editorial Siglo XXI.



François Jacob.

Una historia atomista de la biología

Hace algunos años, y a juzgar por la frecuencia con que sus libros se veían ufánamente transportados por brazos universitarios, Jean Rostand era un autor leído. No sé si fueron muchos los que, de entre ese público académico, escucharon su exhortación al estudio de la historia de las ciencias. Al fin y al cabo, la historia de las ciencias no es disciplina que goza en nuestro país, de un cultivo establecido; tanto en el campo del saber institucional, como dentro del panorama editorial, su presencia siempre es excepción. Y a esa excepcionalidad hubieron de acogerse las páginas que Rostand dedicara a la historia de la biología, para permanecer, por tiempo, como la vía más transitada por quienes buscaban un primer acceso al tema. Pero he aquí que esa monotonía se ve hoy rota con la aparición del libro que François Jacob ha dedicado a narrar la historia de la herencia biológica (1); y he aquí, también, que mi recur-

so retórico a Rostand para hablar de Jacob no lo sugiere únicamente la escasez patria en materia bibliográfica. En efecto, los familiares con la visión histórica del primero no dejarán de reconocerla aludida en el programa introductorio del segundo: cuando leemos que Jacob se opone a una manera de enfocar la historia de la biología según la cual las ideas habrían de estar dotadas de una cierta vida propia, ¿cómo no recordar la descripción en clave biológica que dio Rostand del estudio de la historia de las ciencias, caracterizándolo como el relato de «la lenta y laboriosa embriogénesis de la verdad»!

Los caminos parciales de esa embriogénesis, «las rutas que conducen a la verdad», estarían aparentemente bajo el dominio de la peripezia: dispuesto según el modo de la vuelta y el rodeo, de la circunvolución, «el acrecentamiento de nuestro saber raramente se efectúa según un orden racional y lógico». Y, sin embargo, pese al cariz más o menos incoherente que ello imprime al desarrollo del progreso científico, «éste no cesa de ser continuo». El compromiso continuista es la implicación más

clara de la tesis de Rostand. Pero la discontinuidad es un demonio difícil de conjurar, al menos sobre el papel. Parece como si el discurso histórico, a la hora de plasmar una pretendida continuidad, no pudiera ahorrarse el reiterado recurso a lo discontinuo. Y es así como Rostand se ve forzado, en última instancia y para cubrir su propio expediente continuista, a la introducción de la discontinuidad en su forma más brutal por lo grosera; porque es, por ejemplo, el «azar» de la preferencia individual «intuitiva» quien distribuye a los naturalistas, desde Redi hasta Pasteur, en favor o en contra de la generación espontánea. Con la particularidad de que, rebajando las rupturas al terreno de las biografías personales, queda a salvo la homogeneidad de un plano —pretendidamente superior— en el que las ideas nacen, engendran y mueren.

En la historia de la biología que Rostand ha escrito, la forma de historiar parece contagiada del tema que se da como objeto, hasta el punto de presentarse como una biología histórica de las ideas biológicas. Frente a esa historia concebida como un suceder de las ideas según el modo hereditario, hecha por extrapolación teleológica del presente sobre el pasado, contaminada de lo que otros han llamado el «virus del precursor», Jacob reivindica otra manera de concebir la historia de la biología, cuyo primer cometido sería el de subsanar la inconsecuencia fundamental que puede imputarse a la primera. A saber: la historia que trata a las ideas como seres vivos se compromete a la explicación causal de su evolución, sin cumplir de hecho con tal obligación. Eso es lo que sucede justamente con nuestros ejemplos de antes: los avatares de la idea de generación espontánea, en la versión de Rostand, sugieren preguntas para las que esa ver-

sión no dispone de respuesta; porque, «según esa manera de ver... no se comprende entonces por qué es necesario esperar a que Pasteur repita, aun mejorándolos, los experimentos de Spallanzani, para llegar a las mismas conclusiones. Ni por qué Needham hace exactamente lo mismo que Spallanzani, obtiene resultados inversos y llega a conclusiones opuestas». Otro tanto en lo que respecta a la teoría de la evolución: «Se puede ver en Lamarck al precursor de Darwin; en Buffon, al de Lamarck; en Benoit de Maillet, al de Buffon, y así sucesivamente. Pero nos preguntamos entonces por qué a principios del siglo XIX, los mismos que, como Goethe, Erasmo, Darwin o Geoffroy Saint-Hilaire, están a la búsqueda de argumentos en favor del transformismo, ignoran casi totalmente las ideas de Lamarck».

La historia continuista, supeditando el instante al decurso, porque concibiéndolo como estado de un proceso, no reconoce otra entidad a las ideas que la que les proporciona su despliegue temporal; por el contrario, esas ideas cuya entidad persigue la biología histórica de Rostand a través del tiempo, no son, para Jacob, nada si se las considera separadas de la determinación «espacial» que les confiere su integración en el seno de una teoría. Con lo que la relación entre ideas y teorías deja de ser «vital» y pasa a ser «posicional». Una idea no es suficiente para definir la teoría que le confiere derecho de cientificidad. A su vez, una doctrina no está contenida, como «en germen», en sus ideas centrales; por el contrario, es la formación teórica la que permite identificar las ideas que la componen, darles una entidad en virtud de la situación que en ella ocupan y la función que allí cumplen. De aquí resulta, en particular, una vacua contra la «precuritis» que afecta a las versiones conti-

nistas de la historia del evolucionismo.

En la historia de Jacob, el espacio explica doblemente al tiempo: en el sentido de la sincronía, puesto que cada etapa del saber biológico coincide con el período de hegemonía de una particular «lógica de lo vivo», consistente en un modo determinado de componer el «espacio del organismo», y en el sentido de la diacronía, puesto que las transformaciones por las que se realiza el tránsito entre etapas se resuelven en la descomposición y recomposición de dicho espacio. Estas transformaciones vienen determinadas por «el acceso al análisis de nuevos objetos»; acceso que sólo secundariamente es consecuencia de «la aparición de una etapa nueva técnica que aumenta el equipo sensorial», ya que resulta primariamente de «un cambio en la manera de mirar el organismo, de cuestionarlo, de formular las preguntas a las que la observación debe dar una respuesta». Al rechazar la hipótesis continuista, Jacob descarta la posibilidad de explicar los advenimientos teóricos —y sus eventuales «retrasos»— por pretendidas relaciones de influencia entre las diversas teorías o los personajes que las protagonizaron (o entre las unas a través de los otros); por el contrario, su libro nos describe una y otra vez estos fenómenos de relación en términos de convergencias, compatibilidades e incompatibilidades lógicas entre teorías.

Se me ocurre que, en contraposición al estoicismo continuista de un Rostand, la propuesta de Jacob toma la vía del atomismo. Creo que las líneas anteriores justifican la analogía. Pero hay más: la historia escrita por Jacob se expone a que se alce contra ella —como ya ha sucedido— una objeción

paralela a la que Aristóteles arguyó contra Demócrito al echarle en cara su despreocupación por buscar un principio que explicara por qué las cosas sucedieron en el pasado como suceden ahora. Contra nuestro nuevo Demócrito de la historia se ha argumentado en los siguientes términos: si se describe la estabilidad transhistórica de unas determinadas «formas puras» y se señala la existencia de unos ciertos «transportes complejos» de contenidos y de prácticas, ¿no cabe preguntar por la ley de esos transportes?

Yo, a mi vez, me pregunto: ¿qué forma de historiar —por lo menos, en el caso de las ciencias— no se ha visto abocada a la renuncia, aparente o camuflada, a la hora de enunciar esa ley? Situarla en la evolución de un pretendido exterior de las ciencias que habrían de constituir las «otras» instituciones sociales, o, por el contrario, radicaría en el desarrollo de un no menos supuesto «meollo» racional, núcleo interno común a todas ellas, ¿no son estas dos formas extremas de renuncia en cuya combinación dosificada acostumbra a encontrar la mayoría de las historias escritas el pretexto para arrogarse el título de «explicación»? El libro de Jacob me parece eludir con éxito este terreno de problemática. Y en la medida en que pueda resultar apasionante, apunta hacia un reino de la historiografía, hoy por hoy utópico, en el que las mejores historias fuesen las mejor contadas. ■ CARLOS BIDON-CHANAL.

Los asesinos del orden

Publicada hace más de diecisiete años en Francia, con el título que encabeza estas líneas, acaba de ser editada en castellano una

novela de «serie negra» de Jean Laborde, sustituyendo el título original por el de *Tierra al asunto* (1). Un cambio que se me antoja significativo, visto el tema de la narración: a resultados de un interrogatorio de tercer grado muere un detenido. Un juez de instrucción, novato, es encargado de la investigación, que lleva adelante frente a presiones y chantajes de todo tipo. Como se ve, el tema conflictivo donde haya, y no sólo en el plano real, sino también en el literario.

Los países donde se disfruta de una democracia formal generalmente respetada por el poder, producen una literatura policíaca de muy diverso signo: desde la crítica abierta a ciertos modos de actuación policial (como esta novela de Laborde, la mayoría de las de Chandler y Hammett, etcétera) hasta la presentación de héroes de la propia Policía, o elementos parapoliciales, que a menudo se ven «obligados» a actuar al margen de los estrictos cauces legales marcados por la legislación para llevar a buen término su trabajo represivo. Un caso típico lo tenemos en el héroe de Scerbanenco, el ex médico Lo Duca, cuyo talante fascista resulta evidente, y cuyo marco perfecto sería el «Escuadrón de la muerte» brasileño o cualquier otro de los numerosos grupos afines que actúan en las cinco partes del mundo. Otros casos se sitúan en un término medio: Maigret, el celeberrimo comisario de Simenon, actúa guiado antes por su bonhomía que por los preceptos legales, y si en alguna ocasión tras-pasa los límites de la Ley es siempre en favor del presunto delincuente. Parecidas circunstancias se dan en el menos conocido comisario

(1) Barral Editores. Ediciones de Bolsillo. Serie Negra, número 37.

Van der Valk, creado (y luego muerto) por Nicolas Freeling, con una importante matización: Maigret es un intuitivo; Van der Valk un universitario al que su experiencia y cultura le permiten utilizar la psicología como elemento deductivo, en tanto que Maigret se queda en los dominios, si acaso, de la parapsicología. En otro plano tenemos al detective privado Lew Archer, del excelente Ross McDonald, cuyo papel es más el de catalizador que el de investigador propiamente dicho.

En España la novela policíaca no ha tenido cultivadores. Yo no sé si es por falta de temas, por falta de tradición (el género es típicamente anglosajón, aunque en países de distinta arca idiomática se haya desarrollado posteriormente con pujanza, como en los casos de Francia e Italia), por falta de imaginación (es ya casi un tópico la pobreza imaginativa de nuestros narradores actuales, basada en el tópico de la pobreza imaginativa del español en general) o por falta de lectores. Aunque analizando la cuestión más a fondo veremos que todos estos obstáculos son salvables. Por una parte, no han faltado lectores a un García Pavón, a pesar de la ridícula personalidad de Plinio, su héroe, jefe de la Policía Municipal de Tomelloso (prov. Ciudad Real). Bien mirado, tampoco han sido escasos los temas posibles: desde la evasión de capitales y la trata de blancas, hasta casos más concretos, como pueden ser el asunto del estraperlo en los años cuarenta, el caso Matesa o el caso que leo hace pocos días en la prensa diaria («La Vanguardia», 27-2-74) sobre el recurso presentado por un policía condenado a diecisiete años de cárcel por homicidio cometido en acto de servicio. La falta de tradi-

ción es también subsanable: si el género se ha desarrollado en Francia e Italia, ¿por qué no también en España, donde si no tenemos una democracia formal como en esos países, sí tenemos una democracia orgánica, que a la vista está que es mucho mejor? Nos queda tan sólo la falta de imaginación. Pero, ¿no está al alcance de un García Hortelano, de un Marsé, de un Alfonso Sastre, de un Isaac Montero, de un Alfonso Grosso, de un Cela, de un Torrente Ballester, de un Vázquez Montalbán y algún etcétera, la imaginación y construcción de una intriga policíaca? Ahí tenemos el caso de Pedrolo, que en lengua catalana ha llevado a cabo, con fuerza y garra, la difícil empresa. ¿No será la única y definitiva causa la infravaloración que la novela policíaca ha sufrido por parte de nuestra «inteligentzia»?

Pero volvamos a la novela de Laborde. La intriga no se centra, en este caso, en descubrir la personalidad del criminal ni en fijar los motivos o modos en que el acto punible fue llevado a término. Esto queda claro desde el principio, y no he descubierto nada al futuro lector de la novela resumiendo antes su argumento. La intriga se desplaza aquí de ese eje tradicional para girar en torno a la duda sobre si el magistrado logrará reunir pruebas suficientes de culpabilidad, rompiendo los muros de silencio, medias verdades y vaguedades, y llevar esta convicción al ánimo de los Tribunales. De buen principio, repito, autor, protagonista y también lector, están convencidos de la culpabilidad de los acusados, y los hacen reos del castigo correspondiente. Pero, ¿hasta qué punto la propia sociedad está dispuesta a aplicar la represión legalizada contra quienes

están encargados, por ella misma, de hacerla efectiva? ¿No significaría tal medida la detención inmediata de todo un mecanismo de defensa, que se revela imprescindible para la inmensa mayoría? En definitiva, la novela de Laborde plantea una pregunta esencial: cuando el cuerpo social ha de elegir entre estas dos alternativas: cien delincuentes en libertad a un solo inocente encarcelado, por una parte, o, por el contrario, cien inocentes presos a un solo delincuente libre, ¿cuál elige? La respuesta de Laborde se encuentra en el desenlace de su novela. Y es una respuesta que al autor, al protagonista y a este lector, en particular, les parece tan cierta como descorazonadora.

Jean Laborde ha construido con mucha pericia su narración, aprovechando el interés intrínseco del tema. Quizá haya descuidado el juego irónico, que podría haberle dado muy buenos resultados. Por lo demás, la peripecia argumental está servida con vigor y verosimilitud, incluida la aventura sentimental del protagonista, cuya actuación, en todos los planos, se ajusta a una lógica casi positivista: cuando descubre que los mecanismos de defensa de la sociedad son útiles para la salvaguarda del sistema, pero no para la del individuo, toma partido por este último. Unas gotas anarquizantes nada desagradables. Por último, quiero añadir que *Tierra al asunto* es una de las poquísimas novelas que, en los últimos años, pude haber leído con alegría. Pero una descuidada traducción, firmada por Juan Vinyoli, daba al traste con mi contento a la vuelta de cada página. Y son 231.

■ MARTIN VILUMARA.